



MARÍA ROSA LOJO

Rosa

“Rosa”, de María Rosa Lojo
en *Árbol de familia*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
© María Rosa Lojo

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: “Escritores en escuelas”



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

ROSA

MARÍA ROSA LOJO

¿Qué pueden hacer las mujeres que se llaman Rosa? ¿Conformarse con ser o parecer flores, así como las que se llaman Linda no tienen más remedio que dar –puedan o no– la medida de la belleza?

Rosa parece un nombre simple, natural como una flor. Y sin embargo, pocos seres existen más complicados que esas flores, secretas y llenas de vueltas como escaleras de caracol. Cuando se les van quitando los pétalos, uno por uno, en el centro impalpable solo queda el vacío. Porque el ser de las rosas no radica en un núcleo escondido, sino en la alianza de las delicadas envolturas.

Rosa Ventoso Mariño, nacida en el Son, se creía hecha, como cualquier rosa, para permanecer en la tierra donde había nacido, y a eso volvió. Sin embargo, como todos los Mariño que de ellas descienden, tenía tatuada en el esternón una Sirena que le arrancaba suspiros cuando las dornas se desgajaban de la ría, o más aun, cuando imaginaba los barcos de gran alzada saliendo de Vigo, rumbo a los cuatro puntos cardinales.

Después de que el padre quedó inválido a causa de la pelea con el *Demo*, vio abrirse la puerta de una oportunidad inesperada. No era una veleidad de su carácter sino la necesidad misma lo que la empujaba a América.

Se fue sin culpa, como se va cualquier Sirena, dejándose llevar por las corrientes profundas. Pero aun a esas criaturas del mar les pesa la nostalgia de un banco de coral, de un arrecife, del puerto donde se saben admiradas y temidas por los hombres. Rosa, que de Sirena solo tenía un poco, pronto empezó a añorar la familia, y a veces, hasta la misma pobreza.

Después de todo, también era pobre en Buenos Aires, comparada con otros y era, además, una desconocida, sin ningún espejo entrañable que reflejase su cara. Aunque en el mundo había tantos seres múltiples y diversos, el cariño, como una barca terca, anclaba sólo en algunos. Decidió anclar en Ramón, leal y hospitalario, y cuando quiso acordarse, toda su voluntad de Sirena, que era tímida y silenciosa, la habían enajenado sus padres y sus hijos.

Se fue con ellos, vivió para ellos, atrapada en el trasmallo de dos generaciones, pescada para siempre, con su larga cola brillante convertida en la modesta cola de su único vestido de gala y en dos piernas que subían y bajaban con trabajo por los desniveles de la tierra. Ya en la vejez, postrada en la cama con una de esas piernas puesta en alto, hinchada y deformada por la diabetes, pensaría en los seres que pueden disponer de sí mismos, solos y libres, libres pero solos. Sus hijas se afanaban para atenderla pero por la ventana de su cuarto no se podía ver el mar, como no podía verse por la ventana de la casa de Padrón, donde había muerto muchos años antes Rosalía de Castro, que a pesar de todo había pronunciado, antes de cerrar por última vez los ojos, una frase aparentemente sin sentido: "Abre la ventana, que quiero ver el mar". Eso había dicho, y no

hablaba en realidad de la ventana ciega sino de su gran pena –meditaba Rosa–, porque había dejado de ver el mar dentro de sí.

A veces, por las noches, refugiada en sus dos apellidos marinos, Rosa Ventoso Mariño, hija del armador de dornas, tomaba una caracola escondida bajo la almohada como un amuleto protector, y la acercaba a su oído para escuchar el viento, que era su lengua padre. El viento que bramaba sobre los pinares, que estremecía el follaje de los castaños y los eucaliptos, que derribaba los erizos, que volaba las tejas, que inflaba las velas de todas las barcas, para estrellarlas o para conducir las a buen puerto, que soplaba también, como si fuese un cántico protector y una hoja de ruta, en la cabeza de los timoneles desorientados, hasta que atisbaban el faro y encontraban el rumbo de la costa.

Arrullada por ese canto se dormía despacio, pensando que era una hoja de castaño, verde y lanceolada, y que el viento se la estaba llevando lejos, a lugares ignotos, donde se perdía la memoria. Era triste, patético, quedarse sin memoria incluso de sí mismos, como les ocurría a menudo a los ancianos. Sin embargo, acaso era también una forma oscura de la piedad de Dios, que los descargaba con ello del peso ya intolerable de sus vidas, para que jugaran a escribirlas de nuevo, sobre un papel vacío.

Con la pierna en alto, y los almohadones más gruesos de la casa colocados bajo la espalda, mientras bordaba o tejía para no perder el tiempo, o para que el tiempo no la perdiese a ella, pensaba inevitablemente en todas las cosas que acaso no quería ya recordar pero que no podían ser aún olvidadas, y que se cruzaban con

distintos colores dentro de su cabeza, como se iban cruzando los hilos sobre el bastidor o sobre el tejido.

Pensaba, absurdamente, en una tetera de porcelana pintada a mano, que había sido uno de sus más queridos regalos de casamiento, y que se había roto, como un mal presagio, al querer embalarla cuando volvieron a España. Pensaba en un increíble abanico de plumas que alguna vez había visto en una vidriera de Buenos Aires, casi igual al de la Bella Otero que, aunque se hacía pasar por andaluza gaditana, era tan gallega como los hórreos. Qué remedio, si al aparecer, solo las gitanas con su leyenda vestida de lunares creaban fantasías eróticas y buenos dividendos.

Pensaba que la Bella, adorada por los pueblos y por todos los reyes y los príncipes de Europa, no había parido ningún hijo y que había dejado su fortuna en los casinos de Niza y Montecarlo, donde vivía de la caridad, sin un pedazo de tierra propia, y sin poder echarse al mar en busca de palacios sumergidos, como lo hacen las Sirenas.

Ella había tenido ocho hijos y era, a veces, como si no hubiese criado ninguno. Uno (Luisiño) se le había muerto de fiebres siendo niño; tres (Moncho, Juan y Antón) estaban en Buenos Aires; uno de viaje (Benito), y Suso, el pequeño, ya casado y en otro pueblo. Las muchachas (Isolina y Maruxa) se turnaban para cuidarla, dejando para ello sus casas propias hasta que volviera Benito.

A pesar de todo, no podía quejarse de la suerte. La guerra había pasado como un mal sueño sin quitarle ninguno de los hijos que le restaban, aunque terminó arrebatándoselos de otra manera. ¿No había tenido que irse

Moncho, el anarquista, y hasta Juan, solo culpable de vagas simpatías de izquierdas y de recibir por suscripción la revista *Cultura Proletaria*? También Antón, que había servido en la Marina de la República, y al que se tenía por rojo, se había marchado con los mayores a Buenos Aires. De todos tenía nueras, menos de Benito, que se había quedado con ella, con el tío Domingos, con la casa y con las fincas, y que era un hijo paciente, dispuesto a detenerse cuando terminaba el día, en el tiempo de las conversaciones domésticas, en el tiempo cerrado de las mujeres viejas, que temía al futuro, y que no desperdiciaba ningún recuerdo, incluso los ingratos, como los que llenaban, a su pesar, las horas de costura.

–Madre, ¿no quiere una taza de leche?

Era Isolina, generalmente, la que asomaba la cabeza por la puerta y le acercaba un cuenco de leche tibia. Luego se demoraba con ella, para hilar o coser y cuando se levantaba a preparar la cena, el cuarto empezaba a llenarse de sombras.

Rosa, cansada, dejaba las labores, y apagaba el candil, por no gastar luz en vano.

Cerraba los ojos, y pensaba que su vida era un estado de gravedad mortificante, donde todo tenía que ser levantado y movido de su sitio con enorme trabajo, empezando por su propia pierna enferma.

No siempre había sido así. Alguna vez la vida había sido ingravida como una dorna en un día de mar tranquilo, había remontado vuelo como un cometa, se había enredado en las cúpulas de una ciudad lejana junto a un río.

–Madre, ¿no va a cenar?

–No quiero nada, hija.

–Siquiera un caldo.

Tomaba el caldo, más que nada por darle gusto a Isolina, que la miraba con angustia, como si fuese a desvanecerse de un momento a otro. Si Isolina supiera lo pesada que estaba, como esos caballos viejos que han tenido la desgracia de pisar en terreno pantanoso, y van hundiéndose con los ojos vueltos hacia arriba, aceptando mansamente lo irremediable.

–Esto se acaba.

–No digas eso, Ramón.

–Todo se acaba queridita. Cómo no me voy a acabar yo.

Se había incorporado y había tosido, aún con el cabo del cigarro entre los labios. Todos los hijos, salvo Moncho y Juan, estaban presentes.

–Preguntan de la iglesia si vas a recibir los sacramentos.

–Que venga el cura, si es para que nadie murmure, y para que os dejen en paz. Si Dios me ve, ya sabe quién soy, y que tengo la conciencia tranquila.

El cura había venido y todos lo habían visto entrar y salir de la casa de María Antonia, que al fin y al cabo había recurrido a los santos auxilios aunque fuese un semillero de varones rojos. Aquel día no terminaba nunca; las horas rechinaban como un mecanismo herrumbrado con cada jadeo del enfermo. Ella resistió hasta el amanecer, despierta, teniéndole la mano. Cerró un instante los ojos, y cuando los abrió, por el tacto de esa mano agarrotada, que no había soltado nunca la suya, supo que estaba muerto.

Lo enterraron en el camposanto de la iglesia, con sus

padres y abuelos, en la tierra madre.

Una vez que Rosa dejó de llorar todos los días, vendió el acordeón y la gaita, porque ningún hijo había aprendido a tocarlos. La música de Ramón no había servido más que para enamorarla, y cuando miraba aquellos instrumentos se acordaba del amor que ya no tenía, y también de todas las cosas que Ramón no había hecho, y de las promesas que no había cumplido. Nunca habían salido de pobres. De la gaita y el acordeón no brotaron la leche y la miel, solo el viento que no daba nada, sino desazón y pasiones, que golpeaba todas las puertas y desataba todos los nudos.

¿Pero había otra cosa en la vida que desazón y pasiones? ¿Era la vida otra cosa que un querer irse, y lamentarse luego por no haberse quedado, y volver a partir y añorar nuevamente lo que se dejaba atrás? ¿No era el tiempo un viento errátil y a veces furioso que arrastraba a su paso aun a aquellos que habían decidido estarse empecinadamente quietos?

Cuando la noche se oscurecía por completo, ella buscaba un espacio imaginario donde no hubiera tiempo ni viento, antes de que todo lo irremediable se hubiese consumado. Y lo encontraba entre el mar y la tierra, en una franja de oro donde cabía la ilusión de permanecer para siempre en el territorio del viaje y de la espera, en la inminencia de la partida y del encuentro con el destino, antes de que esa eternidad resplandeciente se despenase en la sucesión. No sabía si era el amor de su vida quien la aguardaba allí, o si era otro amor inexplicable, aun sin descubrir. El que venía de lejos, preguntando por una niña insospechada y remota.

*al pie de una fuente fría,
al pie de una fuente clara,
que por el oro corría,
que por el oro manaba,
a orillas del mar que suena,
a orillas del mar que brama.*

Desde los cuatro años, casi no he hecho otra cosa que leer y escribir. Mi abuela materna, doña Julia, me enseñó los secretos de la letra impresa mucho antes de empezar la escuela, cuando me vio fascinada por esos raros dibujitos. Durante toda mi infancia leí relatos de aventuras e hice infinidad de viajes imaginarios. Alrededor de los catorce años me atacó la poesía, una enfermedad maravillosa de la que nunca me recuperé. Luego fui a la universidad, escribí una veintena de libros y más de un centenar de artículos; colaboré con diarios y revistas, di clases y conferencias, recorrí la Argentina y anduve por muchos otros países difundiendo nuestra literatura. Mis libros cruzaron conmigo las fronteras y a veces también llegaron solos hasta lugares increíbles, como la novela *Finisterre*, que acaba de ser traducida en Tailandia. Estoy casada hace treinta y dos años con Oscar y tenemos tres hijos: Alfonso, Leonor y Federico. Con Leonor, que es artista plástica, acabamos de terminar el *Libro de las Siniguales y del único Sinigual*, que saldrá este año en España.

¿Querés leer más de esta autora?

Arbol de familia, La pasion de los nomades, Finisterre, Historias ocultas en la recoleta, La princesa federal

¿Querés saber más de esta autora?

www.mariarosalajo.com.ar



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

cfe

Consejo Federal
de Educación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S